

2

La unidad del tren se detuvo en el andén chirriando a fondo su frenada. Guibrando se despegó de la línea blanca y trepó al estribo. El estrecho trasportín a la derecha de la puerta lo esperaba. Prefería la dureza de la banqueta abatible naranja a lo mullido de los asientos. Con el tiempo, el trasportín había acabado por formar parte del ritual. El acto de bajar la base de la silla tenía algo de simbólico que le reconfortaba. Mientras el vagón se bamboleaba, sacó una carpeta de la cartera de cuero que siempre llevaba consigo. La entreabrió cuidadosamente y extrajo una primera hoja de entre dos secantes fucsia que había dentro. El papelajo medio desgarrado y recortado en su ángulo superior izquierdo colgaba entre sus dedos. Era la página de un libro, formato 13 × 20. El joven estuvo un rato examinándola antes de volver

a ponerla sobre los secantes. Poco a poco, se hizo el silencio en el tren. De vez en cuando algún chsss reprobatorio sonaba para hacer callar las escasas conversaciones que se resistían a extinguirse. Entonces, como cada mañana, después de un último carraspeo, Guibrando se puso a leer en voz alta:

«Paralizado y mudo de estupor, el niño no tenía ojos más que para el animal jadeante que pendía de la puerta del granero. El hombre cogió con su mano la garganta palpitante de vida. La hoja afilada se hundió sin ruido en la pelusa blanca y un géiser cálido brotó de la herida, salpicando la muñeca de gotitas bermellón. El padre, arremangado hasta los codos, cortó la piel con unos pocos gestos precisos. Luego, con sus poderosas manos, lo peló lentamente como si estuviera deslizando un vulgar calcetín. Apareció entonces en toda su desnudez el cuerpo fino y musculoso del conejo, todavía exhalando el humo de su vida acabada. La cabeza colgaba, fea y demacrada, con los dos ojos saltones fijos en la nada sin la menor sospecha de reproche».

Al mismo tiempo que el día incipiente venía a estrellarse contra los cristales empañados, el texto se escurría por su boca con un largo chorro de sílabas, entrecortado aquí y allá por silencios entre los que se metía el ruido del tren en marcha. Para todos los viajeros presentes en el vagón, él era el lector, ese tipo

extraño que, todos los días de la semana, leía con voz alta e inteligible un puñado de páginas que sacaba de su cartera. Se trataba de fragmentos de libros sin ninguna relación unos con otros. Un extracto de receta de cocina podía codearse con la página 48 del último Goncourt, un párrafo de novela policiaca se sucedía a una página de un libro de historia. Poco importaba el contenido para Guibrando. A sus ojos, tan solo el acto de leer cobraba la debida importancia. Despachaba los textos con una idéntica aplicación concienzuda. Y cada vez, la magia surgía. Cuando las palabras dejaban sus labios, se llevaban con ellas un poco del asco que lo atenazaba a medida que se acercaba a la fábrica:

«Finalmente, la hoja del cuchillo abrió la puerta del misterio. Haciendo una larga incisión, el padre vació el abdomen de la bestia, que arrojó unas entrañas humeantes. La ristra de vísceras se escapó, como si estuviera impaciente por abandonar ese tórax en el que se hallaba confinada. No quedó del conejo más que un cuerpecito sanguinolento envuelto en un trapo de cocina. En los días siguientes, apareció un nuevo conejo. Otra bola de piel blanca que brincaba en la cálida conejera, contemplando al niño con esos mismos ojos de color sangre desde el otro lado del reino de los muertos».

Sin levantar la cabeza, Guibrando cogió con cuidado una segunda hoja:

«Instintivamente, los hombres habían hundido sus caras en la tierra, con el deseo salvaje de enterrarse en ella, de enterrarse todavía más profundamente en el seno de esa tierra protectora. Algunos ahondaban en el humus con sus manos desnudas, como perros enloquecidos. Otros, rodando como bolas, ofrecían sus frágiles espinazos a los fragmentos letales que estallaban por todas partes. Se habían apretujado sobre ellos mismos en un reflejo proveniente de la noche de los tiempos. Todos salvo Josef, que había permanecido de pie en medio del caos y que en un gesto increíble se había abrazado al tronco del gran abedul blanco que tenía enfrente. Por las rendijas que rayaban su tronco, el árbol rezumaba una resina espesa, gruesas lágrimas de savia que perlaban la superficie de la corteza antes de evacuarse lentamente. El árbol se vaciaba, al igual que Josef, cuya orina caliente empezó a chorrear a lo largo de sus muslos. A cada nueva explosión, el abedul se estremecía junto a su mejilla, temblaba entre sus brazos».

El joven escrutó de un vistazo la docena de hojas extraídas de su cartera hasta que el RER llegó a la estación. Mientras se desvanecía en su paladar la huella de las últimas palabras pronunciadas, por primera vez desde que había entrado en el tren contempló a

los demás viajeros. Como casi siempre, descubrió en sus rostros la decepción, incluso la tristeza. No le llevó más tiempo que lo que dura un suspiro. El vagón se vació rápidamente. A su vez, él también se levantó. El trasportín emitió un golpe seco al plegarse sobre sí mismo. Clap de final. Una mujer de mediana edad le susurró un gracias discreto al oído. Guibrando le sonrió. ¿Cómo explicarle que él no hacía eso para ellos? Abandonó con resignación el ambiente tibio del vagón, dejando tras de sí las páginas de ese día. Le gustaba saber que estaban ahí, delicadamente deslizadas entre el asiento y el respaldo del trasportín, lejos del estrépito destructor del que habían escapado. Fuera, la lluvia había arreciado con violencia. Como cada vez que se acercaba a la fábrica, la voz ronca del viejo Giuseppe retumbaba en su cabeza. «No estás hecho para esto, chaval. No lo sabes todavía, pero no estás hecho para esto.» Sabía de qué le hablaba el viejo, quien no había encontrado nada mejor que el clarete para darse el coraje de continuar. Guibrando no solía escucharlo, en la creencia ingenua de que la rutina acabaría por arreglarlo todo. Que invadiría su existencia como una niebla de otoño y le anestesiaría los pensamientos. Pero a pesar de los años, la náusea volvía una y otra vez a asaltar su garganta a la vista del inmenso muro del recinto sucio y decrepito. Al otro lado se escondía la Cosa, bien protegida de las miradas. La Cosa que lo esperaba.